

# Andamos como andamos porque somos como somos: culturas juveniles en Guadalajara, de Rogelio Marcial

Zeyda Rodríguez Morales\*

Dentro de ese conjunto complejo y heterogéneo de personas que se acomoda bajo el concepto de juventud, Rogelio Marcial eligió investigar a los jóvenes en Guadalajara, Jalisco, que han manifestado su rechazo a las formas de reproducción social y cultural que hoy imperan; por eso los llama jóvenes disidentes, son los inconformes, los enojados, los rebeldes, los que no se pierden en la gran masa.

Ubicándose dentro de la perspectiva teórica de las culturas juveniles, el libro describe las numerosas formas en las que estos jóvenes se aglutinan para decir cosas y realizar acciones. Esto implicó para su autor reconstruir también lo que dicen y hacen las instituciones a las que se enfrentan o con las que éstos interactúan, sea en tono de diálogo, confrontación o abierto conflicto.

Pero, ¿a qué nos referimos al hablar de culturas juveniles? El autor lo aclara:

[...] son los modos de ser propios de los jóvenes, pero modos de ser dentro de sus sociedades, en los que se puede observar un variado conjunto de expresiones y prácticas socioculturales; y que establecen diferentes formas de agregación juvenil (formas de agrupación) y sus respectivas adscripciones identitarias (procesos socioculturales de adscribirse a identidades colectivas, asumiendo discursos, prácticas y expresiones específicas) (Marcial, 2006: 31-32).

De este modo, dar cuenta de tales culturas juveniles implicó varios trabajos. Por una parte, realizar un esfuerzo de tres años

Rogelio Marcial, *Andamos como andamos porque somos como somos: culturas juveniles en Guadalajara*. Zapopan, El Colegio de Jalisco, 2006.

◆ Profesora-Investigadora del Departamento de Estudios de la Comunicación Social, CUCSH, Universidad de Guadalajara.

de recuperación etnográfica que lograra describir en forma densa —como diría Clifford Geertz— estas grupalidades en Guadalajara, su surgimiento y desarrollo; y por otro, ubicar a cada una de ellas en el entramado cultural que le dio origen, labor que implicó la búsqueda de sus referentes culturales en cualquier lugar en donde éstos se encontraran, en el pasado, el presente o el futuro, en lo local o lo global, geográfica y simbólicamente hablando.

Este esfuerzo se hace patente en el texto por la riqueza bibliográfica y documental que contiene; las búsquedas realizadas por su autor son amplísimas, profundas y minuciosamente expuestas. Para el trabajo de campo utilizó diversas técnicas: observación, entrevistas informales, entrevistas a profundidad y discusiones en grupo.

Lo que encontró Marcial en sus pesquisas es que aquí, en la famosa “perla tapatía”, donde se suele decir que no pasa nada, existen numerosas expresiones juveniles, unas, desprendidas del rock, como los punks, los skinheads, los fetishers, los góticos y los darks (que no son lo mismo); otras, que tienen su origen en procesos de hibridación cultural entre la cultura occidental y culturas específicas de América Latina como los cholos, los chúntaros, los rastas, los taggers y los skatos; finalmente, otras basadas en referentes culturales provenientes de las nuevas tecnologías y la diversidad sexual como los hackers, los crackers, los ravers, los psychos, y los movimientos lésbico-gay, bisexual, transexual y transgénero.

Las formas de expresión de estas culturas juveniles son heterogéneas. Así como se manifiestan en sus formas de divertirse y la música que escuchan, lo hacen evadiéndose, pronunciándose en contra del sistema capitalista, el racismo y por la paz mundial, pintando las bardas de la ciudad, aislándose, revalorando las raíces indígenas, adornándose el cuerpo, vistiéndose de cierta forma o ciertos colores, haciéndose expertos en informática o haciendo explícita su preferencia sexual y movilizándose en torno a ella con sus iguales.

Aunque muchas de estas culturas agrupan a pocos jóvenes numéricamente hablando, su importancia radica en su poder simbólico, su capacidad para producir respuestas ante los discursos socialmente hegemónicos y obtener visibilidad en un terreno chato, emparejado por el mercado y los medios de comunicación.

Por ese motivo, algunas de las preocupaciones del trabajo de investigación fueron descubrir en qué medida estas culturas están siendo

capaces de ejercer agencia, de oponerse al poder, de ser críticos frente al mercado. En este sentido debo decir algo: la actitud de Rogelio Marcial fue muy precavida. Sin negar el poder que ejerce sobre él su sujeto/objeto de investigación, mantiene una constante vigilancia sobre sus observaciones y aseveraciones, conservándose fiel a una actitud crítica que le impide sobredimensionar sus hallazgos.

En efecto, descubre que en las culturas juveniles descritas, en mayor o menor medida, la realidad está siendo puesta en movimiento por jóvenes que muestran que no son exactamente como las autoridades los describen y nombran y sus motivaciones no se inscriben únicamente en el reducido ámbito de las “francachelas”, aunque la diversión y el placer sean de sus más preciados valores. Y no me refiero a que estas culturas posean un proyecto explícito de transformación social. La mayoría ni siquiera se lo proponen. Es más bien en su actuar cotidiano donde el autor encuentra que se subvierten los formatos institucionales en torno a la forma de organización, el ejercicio del liderazgo, la toma de decisiones, la comunicación entre ellos.

Una de las aportaciones más significativas del texto en este sentido es descubrir que la dimensión afectiva ocupa un lugar fundamental en tales movilizaciones, la sensibilidad, las emociones y los sentimientos constituyen el motor de las búsquedas de los jóvenes. Junto con eso, que el cuerpo es un campo de expresión en el espacio público, un territorio en el que se ejerce el propio poder, así como un instrumento para realizar valores, sea en una dimensión estética o en la búsqueda de placeres diversos.

Descubrir esto cobra especial relevancia en el contexto de desempoderamiento juvenil del que se ha dado cuenta en otros estudios. Los jóvenes se encuentran en una situación de desventaja estructural en nuestro país en cuanto a su capacidad para acudir a la escuela, a sus posibilidades para obtener un trabajo digno, en los problemas para adquirir nuevas tecnologías para acceder a la llamada cultura-mundo (más allá de televisa y TV Azteca), en la ineffectividad de sus derechos sociales y culturales. La calidad de ciudadanía que poseen es raquítica. De ahí lo significativo de tales hallazgos.

En el presente texto también se encuentra registrada la historia de la relación entre los jóvenes disidentes y las autoridades, allí se consignan hechos, prácticas y proyectos; recupera lo que unos dicen

de otros; y descubre lo que se oculta detrás de sus discursos, cosa de la que no necesariamente son conscientes ninguno de ellos y que constituye el cúmulo fundamental de conocimiento que una investigación como ésta nos ofrece.

Los procesos descritos en el libro dan cuenta de un plano de confrontación abierta entre estos sujetos sociales. El primer caso tratado es el del conflicto entre los jóvenes seguidores del movimiento electrónico y las autoridades, caso que hizo famoso internacionalmente a nuestro actual secretario de gobernación, licenciado Francisco Ramírez Acuña, entonces gobernador del estado; el segundo es el que se refiere a la búsqueda de un espacio para el Tianguis Cultural de los sábados en Guadalajara.

Dentro de una retórica de buena voluntad y conciliación, enmarcada en una ideología sobre los jóvenes alentada fundamentalmente por el mercado, la publicidad y los medios masivos de comunicación, las autoridades asumen como suyas frases como “la juventud es la época dorada de la vida”, “los jóvenes son el futuro del país”, “tener juventud es tenerlo todo”, “quién pudiera conservarse joven por siempre”....

En una operación esquizofrénica, los funcionarios complementan esta visión con estereotipos basados claramente en prejuicios, estigmas y atributos asignados por una moral conservadora que los coloca como enemigos de sus más preciados valores: el orden, el control, la disciplina, la regulación, la defensa de la familia, de la ciudad y de los espacios urbanos.

Así, cualquier acción juvenil que no esté dentro de un programa de actividades deportivas, escolares o de festivales y concursos musicales, es presa de sospecha, vigilancia o represión. Dice Marcial:

[...] ante la inminente aparición del *caos social* y el *resquebrajamiento* del sistema de valores [...] echar mano de *castigos ejemplares*; diseñar dispositivos de control y *marcar* a los transgresores; mantener como rehenes encarcelados a *chivos expiatorios*; imponer reglamentos a espacios que difieren de aquellos vigilados por el poder público y *acechar* intempestivamente generalizando el temor y la desconfianza; entre otros, son los recursos con los que el poder impone jerárquicamente el orden de las relaciones y las expresiones en el ámbito de lo público, aunque aún así se reserva el uso de la represión abierta cuando lo considera necesario (Marcial, 2006: 248).

Por todo esto, la elección del autor de estudiar a los jóvenes disidentes tapatíos es una tarea que se enmarca dentro de objetivos aún más amplios. Su propósito se inserta dentro de una problemática que incluye cuestionarse sobre quiénes son los otros, cómo se procesan los cambios culturales, cuáles son las nuevas formas de hacer y entender la política y qué significa construir una sociedad democrática.

*Andamos como andamos porque somos lo que somos* contribuye con sus análisis y reflexiones a construir las complejas respuestas que requieren cada una de estas interrogantes. Al mismo tiempo, logra constituir lo que desde un inicio pretendió su autor, configurar un mapa geosocial y cultural de las ideologías juveniles tapatías de disenso, sus características, sus expresiones más identificables, sus espacios reales o virtuales. Su lectura es indispensable para los interesados en los asuntos que conciernen a las juventudes y al cambio cultural en esta ciudad. ☰